

## CAPITULO II.

### PRINCIPIO DE LA GUERRA DE SUCESION.

#### FELIPE V. EN ITALIA.

De 1701 á 1703.

Reconocen algunas potencias á Felipe V. como rey de España.—Es- fuerzos de Luis XIV. para justificarse ante las naciones de Euro- pa.—Niégase el Imperio á reconocer á Felipe.—Conducta de In- glaterra y de Holanda.—Invasion francesa en los Países Bajos.— Conspiracion en Nápoles, movida por el emperador.—Jornada de Felipe V. á Nápoles.—Espíritu y comportamiento de los napolita- nos con el rey.—Pasa Felipe á Milan.—Pónese al frente del ejér- cito.—Guerra en el Milanesado.—Derrota Felipe el ejército austria- co orillas del Pó.—Uniforma las divisas de las tropas francesas y españolas.—Arrojo y denuedo del rey en los combates.—El prínci- pe Eugenio: el duque de Saboya: Vendôme: Crequi.—Elogios que hace Luis XIV. de su nieto.—Retírase Felipe á Milan con ánimo de regresar á España.—Causas de esta resolución.—Conducta in- discreta del monarca francés.—Inglaterra y Holanda juntamente con el Imperio declaran la guerra á Francia y España.—Guerra en Alemania y en los Países Bajos.—Espedicion naval de ingleses y holandeses contra Cádiz.—Miserable situacion de Andalucía.—Apu- ros de la corte.—Resolucion heroica de la reina.—Frústrase el ob- jeto de la expedicion anglo-holandesa.—Lastimosa catástrofe de la flota española de Indias en el puerto de Vigo.—Prudencia y sere-

nidad de la reina María Luisa.—Defeccion del almirante de Cas- tilla.—Regresa Felipe V. á España.—Decreto notable espedido des- de Figueras.—Aclamaciones y festejos con que es recibido en Madrid.

Habia sido Luis XIV. bastante hábil para conse- guir que fuera sin dificultad reconocido y proclamado su nieto Felipe como rey de España, asi en los Países Bajos, que gobernaba el elector de Baviera, como en Milan, donde estaba de gobernador el príncipe de Vaudemont, súbdito austriaco, y como en Nápoles, cuyo vireinato tenia el duque de Pópoli. Respecto á las potencias estrangeras, empleando alternativamente la amenaza y el halago, logró que le reconociera Por- tugal firmando un tratado de alianza con Luis; ganó al duque de Saboya negociando el enlace de su hija con Felipe, y lisonjeando al piemontés consiguió poner guarnicion francesa en Mantua para ir asegurando la Italia. Supo tambien atraerse en Alemania á los elec- tores de Colonia y de Sajonia, y al obispo de Munster.

Por lo que hace al Imperio, y á las potencias ma- rítimas con quienes habia hecho los dos tratados an- teriores de particion, de sobra conocia Luis XIV. que no habian de resignarse ni permanecer pasivas á vis- ta del poder colosal que adquiria la Francia ocupan- do el trono de España un príncipe de la casa de Bor- bon. Por eso, aunque el monarca francés estaba bien convencido de que en último resultado la cuestion habia de decidirse por las armas, y no se habia des-

cuidado en prepararse para la guerra, intentó sin embargo justificar su conducta, y al comunicar oficialmente á aquellas naciones la aceptación del testamento de Carlos II. y el advenimiento de Felipe al trono de España, lo presentó como un acto de necesidad, como un sacrificio de los intereses de la Francia hecho en obsequio de la paz de Europa, la cual había de asegurar mejor que los tratados de particion, protestando su deseo de conservar la buena armonía con aquellas potencias, y la integridad y la independencia de la monarquía española <sup>(1)</sup>.

Era evidente que no habían de bastar tales disculpas para tranquilizar aquellas naciones, que sobre conocer la desmedida ambición del monarca francés y sus artificios, comprendían demasiado que aunque pareciesen dos dominaciones distintas la de Felipe de Anjou y la de Luis XIV., el interés de familia las había de confundir, y lejos de fiarse de sus pacíficas promesas, suponíanle el pensamiento de realizar sus antiguos designios, de unir otra vez el Portugal á España, las Provincias Unidas de Holanda á los Países Bajos españoles, de restablecer en el trono de Inglaterra á los Estuardos, y sobre todo de colocar con el tiempo en una misma cabeza las dos coronas de Francia y de Castilla. Luis XIV. había cometido la grave

(1) Memoria enviada por Tott- francés conde de Briand.—Obras  
ey al embajador de Inglaterra.— de Luis XIV., tom. VI.  
Carta de Luis XIV. al embajador

falta de dar lugar á este juicio, dejando traslucir este pensamiento en sus cartas patentes de diciembre de 1700 con ciertas palabras proféticas <sup>(1)</sup>. Sin embargo, ni Inglaterra ni Holanda se declararon al pronto contra él. Solo el emperador Leopoldo se negó abierta y resueltamente á reconocer el testamento de Carlos II., diciendo que ni había podido hacerle libremente, ni en ningun caso tenía facultad para dictar una disposición contraria á los derechos de su familia y á los compromisos solemnes de los tratados, y se preparó á la guerra, ó para conquistar la sucesion de España, ó para desmembrarla al menos. Inglaterra y Holanda, aunque sin acabar de decidirse, tomaron también sus disposiciones; llenaron sus almacenes, repararon sus fortalezas, aumentaron sus fuerzas de mar, y se dieron á estender sus alianzas.

Pero Luis XIV., que se había anticipado á todos como de costumbre, y tenía listos para ello sus ejércitos, hizo invadir de improviso los Países Bajos, y de acuerdo con el elector de Baviera se apoderó de todas las plazas que guarnecían los holandeses en virtud del tratado de Ryswick, haciendo prisioneros quince mil soldados. Intimidado con esto el gobierno holandés, y después de conferenciar los diputados de la república con los representantes de Inglaterra en la Ha-

(1) Cartas patentes de Luis XIV. de Francia. Memorias de Lam-  
para conservar á Felipe V. sus berty, tom. I.  
derechos eventuales á la corona

ya, decidiéronse ambas potencias á reconocer á Felipe V., bien que exigiendo que evacuáran inmediatamente las tropas francesas las Países Bajos, y que los ingleses no pudieran tener guarnicion en Nieuport y en Ostende, proposicion que oyó Luis XIV. con silenciosa altivez.

Tampoco se habia descuidado entretanto el emperador, ya excitando á las potencias marítimas á la guerra, ya enviando emisarios donde quiera que podia suscitar enemigos al francés, inclusa la corte de Madrid, donde no faltaban parciales de la casa de Austria, y donde el descontento crecia con el gobierno aborrecido del cardenal Portocarrero, y ya principalmente dirigiendo sus fuerzas á Italia, y preparando una conspiracion en Nápoles. Inclínados á la novedad los napolitanos; divididos entre sí, aunque no mal gobernados por el duque de Medinaceli, prevaleciéndose algunos contra él de ciertos desarreglos propios de la juventud á que se entregaba <sup>(1)</sup>, las intrigas del emperador encontraron algun eco en aquella ciudad: llegó á estallar la conjuracion, se atentaba á la vida del duque, se dió suelta á los presos de las cárceles, y se puso en lugares públicos el retrato del archiduque de Austria <sup>(2)</sup>. La energía del de Medinaceli y algunas

(1) «El virey, dice Le Bret, estaba dominado de una pasión violenta hacia una cantatriz llamada Angelina Giorgina, que había llevado de Roma como sirviente de su muger. Por su mano pasaban

todas las gracias, se daban todos los empleos, y á su influencia se atribuían todas las injusticias y las dilapidaciones de los caudales públicos.»

(2) Los conjurados habían ga-

fuerzas españolas mandadas por el duque de Pópoli, sofocaron aquel amago de rebelion en su origen. Pero la noticia de este suceso, y la de los trabajos y manejos que estaba empleando el emperador en Italia, recibidas por Felipe V. en su espedicion á Barcelona, fueron bastantes para inspirarle el deseo y la resolucion de pasar á Italia á visitar y proteger personalmente aquellos pueblos de sus dominios, para lo cual tomó las disposiciones que en el anterior capítulo dejamos indicado.

Embarcóse, pues, según dijimos, Felipe V. en Barcelona (2 de abril, 1702), con veinte galeras y los ocho navios que habían llegado de Francia, llevando consigo á don Cárlos de Borja, limosnero mayor; á su confesor el padre Daubenton, jesuita; al embajador francés conde de Marsin; al duque de Medinasidonia, nombrado Gran Justicia del reino de Nápoles; al conde de San Esteban; al secretario general Ubilla, marqués de Rivas, con cuatro oficiales; al conde de Benavente, al de Villaumbrosa, al duque de Osuna, al con-

nado al cochero del virey y al maestro de armas de sus pages para que le asesinaran. Fuele denunciado este proyecto á Medinaceli, y á la media noche hizo prender y dar tormento á los dos asesinos. La conspiracion, sin embargo, llegó á estallar, aunque parcialmente. Cometiéronse algunos desórdenes, y se puso una bandera imperial en el convento de San Lorenzo. La sofocó el duque de

Pópoli, poniéndose al frente de algunos soldados españoles y de muchos nobles del país. Fueron ejecutados algunos sediciosos; el marqués de Pescara y el príncipe de Caserta fueron acusados de alta traicion, y se les confiscaron sus bienes. Sin embargo, hubo necesidad de relevar á Medinaceli, y de reemplazarle con el marqués de Villena, duque de Escalona.—Botta, Sttoria d'Italia.

de de Priego, al duque de Monteleón, al de Béjar, y otros varios señores con sus respectivos mayordomos y pages; así como varios caballeros franceses de su servidumbre, cuyo jefe era el marqués de Louville; entre todas ciento doce personas, sin contar los sirvientes. Hizo felizmente su navegación, y luego que hubo desembarcado salieron á recibirle el marqués de Villena, nuevo virey de Nápoles, el arzobispo de la ciudad cardenal Cantelmo, y muchos nobles napolitanos en lujosas carrozas, con cuyo séquito hizo su entrada en aquella hermosa capital (16 de abril), en medio de la muchedumbre que obstruía las calles, y las aclamaciones de las tropas españolas, que á su paso abatían las banderas y gritaban: «¡Viva Felipe V.!»

Aunque causó una agradable impresión en el pueblo napolitano la presencia de su nuevo monarca, y todos los funcionarios y corporaciones acudieron á besarle respetuosamente la mano, no produjo en verdad aquel entusiasmo que es la expresión del verdadero amor y cariño. Un incidente, de aquellos á que el vulgo da en ocasiones gran significación, vino á hacer formar extraños juicios y cálculos á las gentes crédulas y sencillas. El día que S. M. fué á visitar la capilla de la catedral llamada el Tesoro, donde se conserva con gran veneración la sangre del santo mártir y patrono popular de Nápoles San Genaro, el arzobispo y cabildo quisieron hacer ver al rey el milagro de licuarse la preciosa sangre de la santa ampolla. Pero

aquel día no se licuó como otras veces la sangre á la aproximación del relicario que encierra la cabeza del santo, y Felipe salió del templo con el desconsuelo de no haber visto aquel tan celebrado prodigio. La sangre se licuó después; apresuradamente salieron algunos á dar aviso al rey, que ya iba camino de palacio; y volvió más tarde á ver el milagro. Mas ya no faltó en el pueblo quien comentara el suceso como una señal visible de que no le había de asistir la protección del cielo (1).

Hizo no obstante cuanto pudo Felipe para captarse el aprecio de aquellas gentes: indultó á los comprometidos en la pasada conspiración: rebajó impuestos, perdonó deudas atrasadas, suprimió gabelas; remuneró largamente á los que se habían conducido bien en el motin de 23 de setiembre de 1701, confirió á muchos nobles napolitanos la grandeza de España, haciéndolos cubrir á su presencia; recibió cortés y afablemente á los legados de Roma, y á los que iban á besarle la mano y rendirle homenaje á nombre de los príncipes y de las repúblicas de Italia; presentábase con frecuencia y con cierta franca dignidad en los sitios y en las diversiones públicas; juró solemnemente los fueros y privilegios otorgados á aquel reino por sus antecesores; halagó al clero y al pue-

(1) *Journal du voyage d'Italie, de l'invincible et glorieux monarque Philippe V., roy d'Espagne et de Naples: par Antoine Bulifon.*

blo, obteniendo una bula de S. S. en que se declaraba á San Genaro patron de España como el apóstol Santiago; oía misa diariamente, y daba ejemplo de devoción y de piedad; en las fiestas públicas le ensalzaban y prodigaban alabanzas, y le consagraban multitud de honrosas inscripciones. Y sin embargo no cesaban de susurrarse tramas, ni dejaba de hablarse de conspiraciones, que probaban no ser del todo sinceras aquellas exteriores demostraciones de afecto; algunas personas fueron desterradas, y otras eran vigiladas por sospechosas <sup>(1)</sup>.

Deseaba ya Felipe V. pasar á Milan para ponerse al frente del ejército de Lombardía, donde los imperiales conducidos por el príncipe Eugenio hacían la guerra á españoles y franceses, á intento de arrebatár á Felipe la posesión del Milanesado. Había tratado Eugenio de sorprender á Mantua y á Cremona, y aun-

(1) Botta, Storia d' Italia.—Dochez, Ojeada sobre los destinos de los Estados italianos de 1700 á 1765.—Belando, Historia civil de España, Part. II., c. 6 y 7.—Rebelión de Nápoles en 1701: Archivo de Salazar, ns. 56 y 65. Entre los manuscritos de la Real Academia de la Historia se encuentra también copia en italiano de un bando puesto por los conjurados á nombre de *Carlo VI. Ré di Napoli*; unos versos castellanos felicitando al rey por la separación de Medinaceli, y una comedia festiva y satírica, en tres jornadas, titulada: *La pérdida de España renovada en Nápoles*, cuyos papeles se distribuían de la manera siguiente:

Rey don Rodrigo.....	Duque de Medinaceli
Ataulfo, primer ministro.....	Príncipe Ottaiano.
El obispo Oppas.....	Monseñor Noriega (el confesor).
Florinda, (a) la Cava.....	La Giorgina.
Conde don Julian.....	Príncipe de Machia.
El general Tarif.....	Don Carlos de Sangro (el que degollaron).
Muza.....	El príncipe de Caserta, etc.

que no logró su propósito, hizo prisionero al mariscal francés Villeroy, que fué reemplazado por el intrépido Vendôme. Un ejército de cincuenta mil franceses, enviado por Luis XIV., había penetrado en Italia, obligado al príncipe imperial á levantar los sitios de Mantua y de Goito, y á concentrar sus fuerzas entre Mantua y el Pó. A apoderarse del país que domina el Pó y á arrojar á los alemanes de Italia dirigía sus miras y sus movimientos al general francés. En tal estado salió Felipe de Nápoles (2 de junio, 1702); fué visitando las plazas y guarniciones españolas de la costa de Toscana, recibió felicitaciones de la república de Génova, y el 11 desembarcó en Finale, donde le esperaba el gobernador de Milan príncipe de Vaudemont con gran cortejo de damas y caballeros, y donde hizo multitud de mercedes de grandezas y títulos, y dió libertad á algunos oficiales alemanes prisioneros que le fueron presentados, diciéndoles: «Id al ejército imperial, y decid á mi primo el príncipe Eugenio que pronto me verá al frente de mis tropas.» Prosiguiendo su viage á Milan, salióle al encuentro cerca de Alejandría el nuncio de S. S., aquel mismo de quien dijimos en el primer capítulo que había venido á España á tratar de la paz á nombre del pontífice, y que había encontrado á la reina en Monserrate. Allí acudieron también á saludarle los duques de Saboya, padres de su esposa la reina de España, y despues de mútuos agasajos y de algunas conferen-

cias volviéronse aquellos á Turin, y el rey continuó su jornada á Milan, donde llegó el 18, (junio, 1702), é hizo su entrada á caballo, y recorrió las calles en medio de las mas vivas aclamaciones de los milaneses <sup>(1)</sup>.

Todo era en Milan festejos y regocijos; mostráronsele tan de corazón adictos aquellos naturales, que á diferencia de los catalanes, aragoneses y napolitanos, ni siquiera le indicaron que les jurara sus fueros; adhesión á que el rey correspondió también por su parte; pero las fiestas y agasajos no le impidieron pensar en los aprestos de guerra para salir á campaña, como lo verificó el 1.º de julio (1702), después de dejar ordenadas las cosas del gobierno <sup>(2)</sup>. En Cremona, donde se reunieron los generales y se celebró gran consejo, determinó el rey mandar en persona un cuerpo de treinta mil hombres, con el duque de Vendôme, y el conde de Aguilar, general de la caballería estrangera: otro de veinte mil habia de mandar el príncipe de Vaudemont, con el marqués de Aytona, maestro de campo general; y distribuidas convenientemente las demás fuerzas, se puso en mar-

(1) Journal du voyage d'Italie.—Macanaz, Memorias, MSS. tom. I., cap. 7.—William Coxe, Historia de Felipe V., c. 6.—Belando, Historia civil, P. II. c. 8 y 9.  
(2) Seguía despachando con él el secretario Ubilla, y cuenta Macanaz que allí facultó á Ubilla pa-

ra que en lo sucesivo estuviera sentado mientras el rey despachaba; «cosa, añade, que jamás se había visto, pues hasta entonces el secretario del despacho universal siempre habia asistido mientras duraba el despacho hincado de rodillas.»

cha el ejército combinado (20 de julio), dividido en columnas, de las cuales la izquierda era la del rey, con resolución de pasar el Pó. No lejos de este río encontró el de Vendôme, que se habia adelantado con una parte de la columna del rey, un cuerpo respetable de tropas imperiales (26 de julio), el cual, después de un combate obstinado, fué completamente derrotado y deshecho, con mas de mil muertos y heridos, y con pérdida de muchos pertrechos de guerra y trece estandartes, que se trajeron á la iglesia de Nuestra Señora de Atocha en Madrid. Llamóse aquel el campo de la Victoria, y aquella misma noche apresuróse el rey á comunicar tan fausta nueva, así á la reina de España, su esposa, como á Luis XIV., su abuelo, el cual publicó el parte en Versalles con mucha pompa y haciendo grande elogio del joven monarca español.

Desde aquel día todos los movimientos y operaciones de la campaña fueron importantes. En mas de dos meses que asistió á ella Felipe, apenas se dió un día de descanso; en unas partes acometia él mismo á la cabeza de sus escuadrones, en otras intimaba las plazas y las rendia, y en otras recorría las líneas á caballo en medio de los mayores peligros, sin querer tomar ni cota de malla, ni peto, ni espaldar, ni otra defensa alguna. Para unir mas las tropas de ambas naciones, mandó que á la escarapela encarnada, que era la de los españoles, se añadiera la blanca, que era

la francesa, y que los franceses á su voz juntáran á la escarapela blanca la encarnada de los españoles, quedando así confundidas las divisas de las tropas de ambos reinos. En uno de los mas recios combates, el que se dió á la parte meridional del Pó, orillas del canal de Tezo (14 y 15 de agosto, 1702), pasó el rey cerca de cuarenta horas sin dormir, y casi sin tomar alimento. En esta célebre batalla murió, por parte de los austriacos, el príncipe de Commerci, el mas hábil de sus generales y el mas querido del príncipe Eugenio; por parte de los franceses, el veterano mariscal de Crequi con otros generales; el mismo Felipe fué herido, aunque no de gravedad, y una bala de cañon mató á un oficial que estaba á su lado. No se distinguió menos por su valor y serenidad en el sitio de Borgoforte.

«Repárese, dice un ilustrado historiador español »de aquel tiempo, que el dia de Santiago fué el primero que el rey marchó con el ejército en batalla; »dia de Santa Ana derrotó á los enemigos en el campo de la Victoria; dia de la Asuncion en el de Luz-zara, y dia de la Natividad de Nuestra Señora se le »rindió Guastalla; todas cuatro fiestas celebradas de »los españoles, y de gran devocion de los señores re- »yes (1).» Condujéronse tambien bizarramente el du-

(1) Macanaz, Memorias, tomo I. c. 8.—San Felipe, Comentarios, tom. I. A. 1702.—Memorias de Tessé, tom. I.—Journal du voyage d'Italie.—Belando, P. II. capítulo 10 á 13.—Botta, Storia d'Italia.

que de Vendôme, el de Saboya, que mandaba las tropas de su estado, el conde de San Esteban de Gormaz, el de Monteleon, el virey marqués de Villena, y otros ilustres generales españoles. Al de Vendôme púsole el rey por su mano el toison de oro en premio de su comportamiento en esta campaña. El resto de ella se pasó tomando casi todas las demas plazas que ocupaban los imperiales.

A fines de setiembre se retiró Felipe V. á Milan, con ánimo de regresar á España, donde urgía ya su presencia á causa de sucesos que estaban ocurriendo en otros estados de los dominios españoles, y muy especialmente en la península y en la córte misma. Desde Italia escribió al rey Cristianísimo dándole las gracias por los eficaces socorros que le habia enviado, y Luis XIV. le contestó alabando su conducta en la guerra. «Habeis correspondido, le decia, durante la »campaña, á lo que yo esperaba de vuestro valor, y »las pruebas que de él habeis dado muestran que »sois digno de vuestra sangre y del trono en que el »Señor os ha colocado. El amor de los españoles aumenta á proporcion de la gloria que habeis adquirido, y antes de vuestro regreso á España os doy con »placer todas las alabanzas que ya sabia yo habíais »de merecer, las cuales no deben pareceros sospechosas, siendo yo el que os las tributo, porque solo »alabaré en vos lo digno de elogio, así como os daré »consejos en punto á vuestros defectos, deber que me